VISITE LONDRES

¿Quién me mandó ir a Londres en auto? ¿Dónde comienza la ciudad? Supongo que en medio de la maraña de calles, que por alguno de estos vericuetos llegaré. Una flecha señala la City; la sigo zigzagueando entre paredones y fábricas, entre fachadas oprimentes. Inacabable dédalo. Circulo por la izquierda, concienzudamente trato de reprimir mis reflejos que me empujan para la derecha. Busco nombres conocidos; tomo una avenida que desemboca en una inmensa rotonda y veo un cartel que indica Westminster Bridge; es un poco tarde para doblar, pero lo intento; intercepto el paso a conductores impasibles y a camioneros que me insultan y me lanzo en dirección al puente. Por la derecha, por supuesto. Choco de frente con un sólido auto británico; siento la estruendosa sacudida; me bajo atontado, desubicado. El tránsito se embotella, suenan bocinas, la gente se agolpa alrededor del espectáculo. Testigos y curiosos discuten; aparece un policía; me ignoran, me da pánico; cómo entenderme con tantos extraños; mi inglés es demasiado pobre. Disimuladamente me mezclo con la multitud, atravieso el cerco y me alejo. Comienzo a caminar para tranquilizarme; al rato, mi choque es un recuerdo que se desvanece.

Un ventarrón ha sacudido los cocoteros; los cocos rodaron por las calles; las veredas están llenas de bolas peludas. A medida que penetro en la ciudad aumenta el gentío. Los negocios, repletos; todo el mundo anda con pilas de paquetes multicolores. Miro vidrieras con zapatos espejados, con relojes floreados, con estrambóticos sombreros, con muñecos músicos y bailarines, con pipas de cara diabólica. De las tiendas salen las telas que se despliegan desparramadas por la calle. En cada negocio me invitan a probar lo que venden; me sacan la camisa y la meten en una lavadora automática, me ponen un equipo de hombre rana, subo y bajo una escalera plegadiza, agujereo una tabla con una perforadora vertiginosa, bato una mayonesa, como un embutido negro; gusto variedades de té, después salsas hasta la

repulsión. Huyo hasta un sector de edificios adustos. Los funcionarios, paraguas y portafolio en mano, caminan como ministros. Entro en un inmenso vestíbulo lleno de perros; al pie de una escalinata con estatuas se huelen mutuamente mientras esperan a sus dueños. Por el mármol del embaldosado corren hilos de orín. Alguien grita «Boby», y veinte «Bobies» se lanzan a la par escaleras arriba. Los que no tienen perro salen por detrás, trabajosamente, por las escaleras de incendio. Sigo caminando hasta una explanada; los jubilados remontan barriletes con leyendas alusivas a la vejez desamparada, mientras unos músicos decrépitos, con levitas de terciopelo raído y chisteras arrugadas, tocan fervorosos aires de jazz al estilo New Orleáns. La música sube con los barriletes; todos nos mecemos al compás. Paso por una calle resbaladiza; a la primera cuadra doblo y desemboco en otra pegajosa, como goma de mascar. Al fondo, unos plátanos despliegan sus afelpados cogollos. Llego a un parque; las voces y los ruidos se amortiguan. Sobre el pasto retozan parejas abrazadas; los bancos están ocupados por las ayas, las nodrizas, las institutrices, las amas de llaves y de leche, por toda la servidumbre y los rentistas imperiales; querubes rubios corretean y se persiguen por los senderos. Me siento al lado de una mujer que lleva el sombrero cubierto de margaritas; ella conversa con su perro, lo reprende, me señala, pongo cara de malo, luego sonrío a la dama; la vieja está encantada; acaricio el perro que salta sobre mi falda e intimamos; la mujer se estremece de satisfacción; arrebatada, se para sobre el banco, y con ambas manos sobre su corazón me canta una vieja balada irlandesa. Pongo cara de arrobamiento, hago gestos aprobatorios. La mujer, sofocada, saca de su ajada cartera una botella chata que empina; me convida; tomo un trago, me siento volcánico. Relincho y salgo al galope. Las risitas agridulces de la dama se distancian, se apagan.

Vuelvo a la muchedumbre y al bullicio. Por Carnaby Street, entre ropas estridentes y músicas chillonas, descubro las corbatas zodiacales. En una, con un ojo rodeado de flechas y leones, leo mi porvenir adverso; sólo un pacto podrá preservarme.

Tomo un cuarto de hotel cerca del Museo Británico. Después de ducharme, recorro el Soho. Para descansar, me meto en un cine. La película ha comenzado; muestra un hombre que duerme; una mosca zumbante lo molesta, lo cosquillea; el hombre frunce el ceño, arruga su bigote, mueve la nariz; la mosca persiste en sus picadas; el hombre estornuda; la mosca huye; al rato, el hombre sonríe, musita algo entre sueños; más tarde hace una mueca de espanto, se revuelca como queriendo salvarse, transpira; después se aquieta plácidamente,

afuera comienza a clarear y un avión escribe sobre el cielo la palabra FIN. Recomienzo mi marcha entre cabarests, donde todas las razas del mundo se desnudan, entre librerías eróticas y salas de juego. Con estrépito giran los amonedados cilindros; las máquinas traganíqueles trituran metálicos vidrios. De pronto, con la campanada, la relojería abre sucesivas compuertas; agujeros coinciden y bajan por las canaletas los peniques. Abanicos, escobillas, balancines apilan en el borde las monedas a punto de caer; bastaría una para que la montaña se desmoronase, pero todas yerran el camino y caen en panza tenebrosa. Mínimos autos rugen como grandes, caballitos corren acicateados por la hinchada, volantes por rutas vertiginosas toman la cerrada curva a gran velocidad, giran guirnaldas de ruletas luminosas. Los dependientes en su noche de jolgorio se sueñan poderosos, como yo, entregados al maleficio. Hasta que las tripas me reclaman lo suyo. Busco un baño, sigo la flecha que me lleva a una sala iluminada sólo por la lechosa luz de los televisores; en cada uno, melenudos guitarristas cantan desaforados, mientras los adolescentes se balancean y acarician sincopadamente; atravieso otro salón, un cementerio de máquinas en desuso, algunas están despanzurradas, por los tajos salen desbandados los resortes. Bajo escaleras, recorro pasadizos donde se apilan los cajones de botellas, hasta que doy con la silueta de un hombre en una puerta; al fin, el baño. Me siento tan rápido como puedo para descargarme. Bocanadas de vapor caliente montan por el inodoro; oigo unos resoplidos, un sordo golpeteo, creo que bramidos. Hago fuerza y no puedo; el calor me seca el vientre y no puedo. Me levanto; en un rincón hay un palo, lo empuño y lo hundo en el agua que bulle; toco algo, golpeo con ganas hasta que el agua se ensangrienta.

Por Picadilly Circus, entre el amontonamiento de turistas, escucho una letanía escandida por tamborines y címbalos. Muchachos y muchachas de túnica naranja, en rítmico cortejo, predican con cánticos la comunión universal. En los restaurantes de enormes vidrieras, en medio de un paisaje tropical, entre palmeras, gomeros, cascadas rosadas, en unas mesas opulentas comen parsimoniosas las parejas, incesantemente servidas por las bellas camareras. El edén por unas libras; el mundo de afuera se interrumpe en el refugio. Pasen, la vida es un placer, que nada perturbe el espectáculo. Bajo hacia Trafalgar Square; desde lejos se ve una luz amarillenta y oscilante, como de incendio. Es una manifestación con antorchas, de protesta contra la guerra, contra la venta de armas a Nigeria. Nelson parece un ajusticiado en la hoguera y la columnata de la National Gallery, el templo del dios de las tinieblas. Entre los pacifistas, un hombre alto, de piel

pegada a los huesos, con una enorme cabellera blanca, condena a los mercaderes que venden y revenden muerte cómodamente desde los escritorios de la City. Los carteles caricaturizan a los honorables del reino, a los proveedores de Su Majestad. Los manifestantes visten atuendos victorianos, uniformes de las campañas coloniales, apostólicas barbas, enmarañados collares. Algunos llevan consigo a sus animales domésticos: perros, gallinas, gatos, burros, cabras, corderos, loros, monos, papagayos. De pronto suenan las sirenas, roncan los motores de los camiones celulares; llegan los fúnebres cargados de negros policías con garrote en mano. La procesión se sienta en el suelo; alguien saca un violín y toca aires de taberna; las abuelas tejen entre cacareos, maullidos, ladridos, gruñidos. Los sedentes se toman con fuerza del brazo mientras la policía ataca. No soporto que le peguen a una vieja, protesto en lengua bárbara, me levantan en vilo y me instalan en uno de los camiones. En la Comisaría, con otros revoltosos, comparezco ante los glaciales, monolíticos, imperturbables agentes. Para entenderme, trato de rescatar mi pobre inglés; a mi memoria vienen ráfagas desperdigadas, palabras inconexas, como en un agujereado palimpsesto. Pero soy para ellos doblemente inferior: sudamericano y de habla española. Toco mis bolsillos a ver si descubro mi enorme pasaporte azul; sí, lo tengo. Igual me encarcelan con los manifestantes. En la celda se organiza una reunión de adoctrinamiento, alguien redacta un manifiesto, cantan marchas para reanimarse y tanto se reaniman que improvisan una ópera donde miman la manifestación, el asalto policial comandado por Nelson, los diputados laboristas que ponen flores en la tumba de Marx y que son condecorados por la reina, el jefe de policía que apaga las velitas de su tarta de cumpleaños mientras ordena la represión, el encierro de los insurrectos que atentan contra las buenas costumbres y los negocios del Imperio en la Torre de Londres; allí se sella la alianza de los marginados, de intelectuales, putas y ladrones; por fin los presos del mundo se unen y, apoyados por los barrenderos negros y los lavacopas asiáticos, toman la ciudad. Todo termina en banquete y baile popular, en estruendoso entusiasmo. Al rato, un guardián grita mi nombre, se abre la puerta de barras y me dejan en libertad. No sé dónde estoy. En eso pasa un taxi; le digo que me lleve al Museo Británico. El chófer me aclara que el museo cierra a las cinco de la tarde. Le digo que vivo por allí. Andamos por calles donde una misma casa se multiplica incesantemente, por plazas cerradas, rodeadas de autos oscuros con cromados que repiten la noche. Aparecen blanquísimas fachadas, puertas multicolores, música de rock al ritmo de la marcha del taxi. Reconozco las inmediaciones de Chelsea, Kings

Road y su aterciopelada humanidad. Las gitanas floreadas, las felinas que fuman en largas boquillas miran con indiferencia a sus adoradores. Necesita gente, bullicio, esa catarata de frivolidad. Hago detener el taxi, me bajo. Un borracho harapiento, de cara colorada, zigzaguea apostrofando a los paseantes; clama por los desdichados de Londres, se sostiene a gatas de un poste para vociferarnos lo que guarda en la semana. Pasan las cortesanas sonando a cascabeles, con la cara empolvada; sobre su torso se entrecruzan los colegios, y allí donde sus piernas se juntan, en la rosal reunión, convergen todas las miradas. Esbeltas van las nadadoras de la noche, las carnales dadoras. Elijo una crespa pelirroja y me sumerjo en ella, en una pieza con enormes girasoles y pelucas que cuelgan encima de la cabecera de un camastro; los hierros crujientes trenzan interminables arabescos. Espesamente jadeando por un río de melaza que gluglutea y burbujea navego hasta la desembocadura.

Vuelvo a la calle, al desfile de disfraces y me entretengo mirando vidrieras de sofisticada extravagancia. Doblo por una calleja de casas bajas; se suceden iluminados interiores, escenas mudas, momentáneas, caras que gesticulan, súbitas apariciones, una cortina que se corre, un libro que vuelve a su anaquel, parejas que bailan, un cigarro humeante, chiquillos que hacen morisquetas, una mesa servida, la comba reluciente de una tetera de plata. Las cuadras siguientes se ensombrecen, repiten ornamentadas fachadas, balaustres, escalinatas paralelas. Sé que me acerco a los muelles. Una casa tiene todas las luces encendidas; en el zaguán se agrupan visitantes o curiosos. Boda o velorio, me digo, como en mi pueblo. Las puertas están abiertas; entro. En una sala, cincuenta y tres viejas enlutadas lloran e hipan a la par. Toda la parentela del muerto, la ascendencia y la descendencia, está sentada por orden genealógico. Las sillas trazan un árbol que envuelve al cajón. Por turno, los deudos y las lloronas comen lechón asado y beben cerveza caliente. Cuando las viejas languidecen y terminan de sollozar, los hijos levantan el ataúd, lo llevan a paso lento hasta el muelle, lo tiran al Támesis y lo miran perderse arrastrado por el agua turbia. Los barcos que vienen a Londres por mar no entran de noche al estuario, temen el lúgubre choque de las cajas contra el casco.

Recorro los depósitos, paso vagones y grúas inmóviles, por desiertas explanadas donde acechan gigantes de loco cenizo, insectos ferruginosos, descomunales esqueletos. Los galpones de las compañías orientales huelen a canela. Adentro se apilan paquidérmicos fardos. Detrás de las bolsas, hilos de humo amarillo suben caracoleando. Sobre arpilleras, los hombres de ojos rasgados, con la mirada extra-

viada, fuman en éxtasis. El agua chapotea entre los pontones. Más allá, unas luces rojas manchan el adoquinado. En la esquina aparece un cafetín. Tengo hambre, sed; ocupo una mesa sucia; un pelado de bigotes puntiagudos me alcanza una lista incomprensible; pido al azar. Al rato, mientras miro a los parroquianos rubios y rosados, a mujeres con dientes de oro, me traen un espeso guiso en una fuente de barro y una bebida espumante. Sin saber qué me dan, como y tomo ávidamente. La bebida pica y acalora. Una pianola disuena fox-trots cada vez más mortecinos; las imágenes se publican, se borran. Creo distinguir a un gordo que alza su copa para brindar; después, unas risotadas en la caverna, retumbando.

Despierto al amanecer, aterido, sobre un puente de hierro. Una vieja cubierta de trapos vende flores secas; me pide un cigarrillo, se lo enciendo. Comienzo a caminar. Alguien grita desde las barracas; busco de dónde salen los quejidos. En un galpón, una mujer se retuerce entre convulsiones espasmódicas. La asisten unos estibadores. Miramos sin saber qué hacer. La mujer se abre de piernas, hace fuerza hasta que asoma una cabecita, unos brazos, los pies. Cuando el albino lanza su primer vagido, nos regocijamos y abrazamos. Se organiza una colecta para la madre y el crío; todos revolvemos nuestros bolsillos a la pesca del regalo. Alguien saca un pedazo de lápiz, otro un pañuelo apelotonado; boletos, alfileres, fósforos, monedas, botones, espejos, cordones, peines, pastillas, que vamos echando en un sombrero hasta colmarlo. Uno pone una botella empezada; otro, un anillo con un trébol. Alguien trae un tordo en una jaula de mimbre. La madre recibe alborozada los tesoros. Pregunto dónde estoy, cómo se va al centro. Un hombre de gorra ofrece acercarme en su bote. Remamos pausadamente hasta el puente de Waterloo.

Desde mi cuarto veo revolotear los pájaros entre los ramajes que recién despuntan. En la oficina de enfrente, los empleados se quitan sus impermeables, desenfundan las máquinas. Una rubia se sienta y comienza a peinarse.

SAUL YURKIEVICH

48, rue Pernety
75014 PARIS